

El Misticismo no contempla estas dos faces de la vida. Se detiene en el talento: se detiene en el genio. Rejuvenece a ambos con sus aguas beatíficas. Es decir: coloca estas dos denominaciones superlativas de lo que puede la voluntad creadora en el plano incommovible del superhombre. Lo verá en el Arte utilizando las cosas con expresiones vagas y finas. Díjese que hace un arreglo de contornos en que las arquitecturas prenden a cada cornisa, y a cada friso, y a cada columna detalles ornamentales que se hunden en un concierto perenne de arpas. Y esa musicalidad de las cosas torna sagrado el ambiente: lo define casto no obstante su paganismo: lo define casto entre la apotheosis de su música de recogimiento. Tal el caso de Nervo. Aparece el gran artista con la mitra de los pontífices orientales que penetran el misterio de la kábala, que hablan con los dioses y dejan a la entrada del cielo las sibilas quemando el incienso de las interpretaciones teológicas. Casi teólogo es Nervo por lo inmensamente místico, por lo inmensamente artista. Casi teólogo, pero exento del dogma que estruja la divinidad: exento del prejuicio que subordina la imaginación a reglas y métodos que —si bien es cierto encauzan los dictados del alma en normas académicas, también lo es que empobrecen esos dictados y los relegan a la categoría de credos religiosos. Este fué el pecado del misticismo casuístico. Quiso revelar estados de alma en las cifras rítmicas de la métrica y le ocasionó perjuicios al subjetivismo. Porque el subjetivismo no es doctrina, no es norma, no es sistema: es verdad: es espiritualidad: verdad y espiritualidad libres, infinitas, incapaces de derramar sus tesoros armoniosos en moldes crucificados. Al referirme al Misticismo lo hago sin empeñar mi criterio en un nuevo dogma; que el Misticismo, si no se lo sabe graduar, puede desquiciar la razón haciéndoles creer, a quienes lo practican, que fuera de lo que él haga en bien del espíritu, lo demás son pasatiempos prácticos en que se entretienen las mentes materialistas. Yo contemplo el Misticismo separado de los místicos que encastillaron el criterio y la imaginación en el salmo, en el canto atormentado en que prevalecía lo demoníaco, lo que hacía temblar a las almas cuando éstas se recogían a escuchar con unción devota los lamentos de los carilloneros enclaustrados. Esos no eran místicos: eran practicantes de una devoción que antes que procurarle deleite y expansión al espíritu, lo atormentaban con los grilletes de religiones exclusivistas. Eran los practicantes y los mantenedores de esa devoción. Y dentro de esa devoción, el pensamiento hizo prodigios de habilidad retórica, ya en los dramas religiosos de Lope de Vega, ya en las filigranas rítmicas de Leonardo y Lupercio de Argensola, ya en las elucubraciones místicas de la erótica Santa Teresa. Es mi parecer, que si el espíritu no se hubiera abierto en la aspiración elevada de renunciar al superficialismo dogmático que las escuelas clásicas le ofrecían como verdad —aspiración que es imposible poseer si no hay el convencimiento filosófico de que, encontrando la divinidad oculta que rige el univer-

so ya se es poseedor de la Verdad— nada nos estarían enseñando a estas horas con sus trascendentales teorías metafísicas, Kant, Hegel y Bergson. A partir de estos filósofos el pensamiento es otro: adquiere flexibilidades que lo ponen en contacto con las leyes divinas que gobiernan al mundo y la Razón. Ya será más fácil el acceso de los cinco sentidos en el plano de la inteligencia y la vida, dejará de ser un eterno apocalipsis para convertirse en los torrentes armoniosos de la música libre, de la literatura libre, de la pintura, que lo mismo puede interpretar las pasiones ardorosas de la carne, como la beatitud de una alma conventual, como los retorcimientos dolorosos de un Jesús crucificado. Ya no prevalece en el Arte la norma de escuelas viciadas. La idea es primero: la idea sin dogma: la idea amplia, infinita, honda: la idea simple y fuerte que aunque carezca de atavios será siempre el reflejo de la Verdad. Por eso es que algunos artistas modernos hacen literatura dislocada. No tallan contornos. Temen que el cincel cercene la idea: que la cercene y la oscurezca. La literatura dislocada salta aquí y allá sin importarle que la silben los que todavía conservan resabios de la decadencia. No le interesa tener contento al preciosismo: le interesa estar a tono con el espíritu. Pero esta no es propiamente una literatura dislocada, o, si lo es, no lleva consigo ningún dislocamiento y el que se le nota, es el producto diferencial entre lo que es ella en sí como exponente de la Verdad, y lo que representa el arte antiguo cuya labor consistió en ponerse al servicio de algún credo religioso para favorecer las castas elevadas, excluyendo de sus prácticas a los que no profesaban el credo. Entre los escritores rebeldes que anteponen la sinceridad de su espíritu vigoroso a las virtualidades académicas en que expusieron sus últimos tesoros los siglos xviii y xix, se encuentra el admirable cuentista do-

minicano, Fabio Fiallo. Ni muy dado el simplismo unilateral de la estética objetivista, ni tampoco muy entregado a las prácticas intuitivas en que el objeto desempeña un papel rudimentario. Este hombre no entiende de los arrevesamientos en que suelen incurrir algunos entusiastas que—por el afán de figurar en filas de vanguardia—descuidan el régimen de una disciplina metódica. Es entendido que, como están buscando nuevas orientaciones al Arte desde el punto de vista moderno de la intuición, se debe andar con cuidado. Cualquiera improvisación, ya se trate de la Música, o de la Pintura, o de la Literatura, o de la Escultura, es peligrosa y puede dar lugar a que las normas antiguas adquieran preferencia en el ánimo de los artistas tímidos. Pero, del mismo modo que Fiallo esquivaba la incipiente de estas horas todavía indecisas en que no se sabe a punto fijo cual es la trayectoria definitiva que ha de seguir el Arte futuro, sabe elegir los momentos felices que se cueñan en esa incertidumbre y, sin ser clásico en forma que desagrada a la estética evolutiva, ni modernista en el sentido rimbombante de hacerse incomprendido, marcha intermedio como si quisiera servir de juez y trazarle a la literatura un camino seguro. Se dijera que este escritor encauza el pensamiento imprimiéndole una dirección que obedece al impulso propio de su propia voluntad: una voluntad firme, resuelta si se quiere, mas no exenta de tropiezos si se considera que cuando se es original salen al encuentro voluntades contradictorias que se creen capacitadas para subordinar a su criterio a los espíritus independientes. Bien hace quien así determina una ruta fija a sus aspiraciones y, sin apostrofar los sistemas rudimentarios, ni adelantarse en falsas admiraciones con respecto a los iniciativas que hoy le dan otras orientaciones al Arte en general, sólo se preocupa de ingeniar una técnica y vaciar sus motivos en la arquitectura de su estilo personal.

José Francisco Villalobos

San José, Costa Rica 1969.

Ensueños de Nochebuena

(Juguete)

*La Nochebuena se viene
La Nochebuena se va...
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.*

(Al levantarse el telón, los dos niños, con vestidos de dormir, jugarán ruidosamente en sus camitas)

Personajes

La abuela—dos nietecitos, un niño y una niña como de seis y cuatro años respectivamente. La Nochebuena. Caparucita. Pulgarcito. Cenicienta. Blanca Nieve. Aladino. Tío Conejo. El Niño Jesús. La Cucarachita Mandinga. Una hada viejecita. Dos gnomos.

Acto único

La escena representa un dormitorio con dos camitas. Adosado a la pared del fondo, un armario. En una esquina una mesa cubierta con un tapiz. Puertas a derecha y a izquierda. En el foro una ventana que da a la calle.

Abuela.—Ahora a dormir, mis muchachitos.

Los niños.—Todavía no, todavía no... Otro ratito, mamita Juana.

La abuela.—Entonces el niño de repente pasa derecho. Como oye bulla... Para que entre, todo debe estar en silencio.

(Por la ventana entran ruidos alegres y la música de una guitarra que acompaña a una voz que canta.)

La voz.—La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

(La abuela se pone un dedo en los labios para que los niños callen. Tiene un aire pensativo).

Abuela.—(Canta en voz baja):
Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

La niña.—¿Qué decías, abuelita?

El niño.—¿No has oído? (Canta)

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

(Otra vez entran en la habitación los acordes de la guitarra).

(Canta palmoteando):

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...

La niña.—(Canta):

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más...

La abuela.—Bueno, yo qué... el Niño
va a pasar derecho...

Los niños.—No, no... si ya nos vamos
a dormir. (Se arrodillan, se persignan
y rezan el Padre nuestro. Luego se
acuestan y la abuela los abriga.)

La niña.—Si el Niño no me trae la
cocinita que le pedí mañana, no dejo
que mamá me peine.

El niño.—Mamita Juana, me traerá la
linterna mágica?

Abuela.—Quién sabe... Como el Niño
está tan pobre este año.

La niña.—Mi bebé que sea con pelo
de deveras y que cierre los ojos. Dí-
gaselo al Niño, mamita Juana, oye?
Dígaselo Ud. al Niño... pero díga-
selo.

Abuela.—Bueno, mi hijita, bueno. Pero
duérmase, porque si el Niño oye el
menor ruidito, pasa derecho.

El niño.—(Con voz adormilada), ¿Cómo
a qué hora vendrá?

Abuela.—Cuando Uds. estén dormidos

La niña.—Pero que mi bebé... sea...
con... pelo...

(Los niños se duermen. La abuela los
abriga bien, va a la ventana y durante
un rato se queda oyendo la alegría de
la calle; luego con voz llena de melancolía
canta:

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más...

(Sale por una de las puertas. Des-
pués que ha salido, la habitación se ilu-
mina poco a poco con una luz azul. Por
la otra puerta entra la Nochebuena dan-
zando en la punta de los pies. Es una
muchacha envuelta en velos negros reca-
mados de lentejuelas, cascabeles y cam-
panillas. En las manos trae una pan-
dereta. Danza frente a las camitas y
canta:

Yo soy la Nochebuena...
lará, lará, lará.
La alegre Nochebuena
lará, lará, lará.

(Llegan los sonos de la guitarra. La
Nochebuena viene al frente y canta acom-
pañándose con su pandereta).

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...

Nochebuena.—(Busca por los rincones).
¡Caperucita! ¡Caperucita! ¿En donde es-
tás Caperucita encarnada?

Caperucita.—(Sale de debajo de la
cama de la niña, con su caperuza
y su cestita en la que están el bollo de
pan y el tarrito de manteca; trae en la
mano un ramillete). Aquí estoy, señora
Nochebuena. Voy a llevar a la abuela
este bollo de pan y este tarrito de
manteca, de parte de mi madre. En
el bosque he encontrado un lobo que
ha sido muy cariñoso conmigo y me
ha dado este ramo (Canta):

Qué lindas las flores,
qué suaves olores!
Por qué dice madre
que el lobo es malvado,
si aquí en la manita
de Caperucita
un beso muy dulce
muy dulce ha dejado?

Nochebuena.—Dí, Caperucita, sabes
algo de Almendrita.

Caperucita.—Si, la vi en el arroyo;
iba embarcada en una hoja y una ma-
rposa le servía de vela. No quiso de-
cirme hacia adonde se dirigía...

Nochebuena.—¿Y Pulgarcito?

(Se oyen voces dentro de un armario
y una voz que dice):

Pulgarcito.—Aquí estoy... aquí estoy...

(La Nochebuena abre el armario y sale
Pulgarcito vestido como dice Maeterlinck,
calzoncito rojo-bermellón, corta casaca
azul celeste, medias blancas, zapatos de
cuero leonado. Viene cargado con las
Botas de Siete Leguas).

Pulgarcito.—(Lanza al aire su gorrita)
¡Salud, señora Nochebuena!

Nochebuena.—(Bes a Pulgarcito en
las dos mejillas. Caperucita y Pulgar-
cito se besan y se abrazan).

¿Y tus hermanos, Pulgarcito?

Pulgarcito.—Se fueron con el Gato con
Botas... El Gato con Botas les contó
que en el bosque hay una casita de
turrón... Yo no fui porque tenía dolor
de estómago. Mañana voy.

Caperucita.—¿Me llevarás, Pulgarcito?

Pulgarcito.—Bueno, pero cuidado con
cansarse.

Caperucita.—No, si yo soy muy val-
iente para caminar (Brinca de alegría).
¡Qué rico! ¿Y le podré llevar a la
abuela un pedazo de turrón?

Pulgarcito.—Claro, si toda la casa es
de turrón.

(Llaman a la ventana).

Una voz desde el exterior!—Aquí
vengo, soy el Niño-Dios.

(La Nochebuena abre de par en par
la ventana. Dentro salta tío Conejo con
resplandor en la cabeza).

Tío Conejo.—(Entra con aires de im-
portancia, jadeante y afanoso, limpiándose
el sudor con el brazo). Ya no echo...

A uno le toca repicar y andar en la
procesión...

Nochebuena.—¿En qué afanes andas,
tío Conejo?

Tío Conejo.—Tío Conejo, tío Conejo.
No tiene ojos? No ve que soy el Niño-
Dios? Ando repartiendo juguetes. Vengo
a esta casa a dejar a estos chacalini-
cillos cualquiera cosilla. (Se registra
los bolsillos y saca una corneta).

Caperucita.—¡Oigan eso! ¡El Niño-Dios!
Si eres tío Conejo.

Pulgarcito.—¡Miren! ¡El Niño-Dios!
¿Acaso el Niño-Dios tiene orejas así?

Tío Conejo.—¿Adiós, y esas cachas? (Se-
ñalándose el resplandor) Y esto no es
nada?... ¿Verdad? No es nada, ffjense...

(Se abre la puerta y entra sofocado el
Niño Jesús, con un gran saco al hombro).

Niño-Dios.—Tío Conejo, dame mi res-
plandor.

Tío Conejo.—¿Cuál resplandor?

Niño-Dios.—Pues el mío, ese que tie-
nes puesto, y que me lo cachaste allí
a la vuelta.

Nochebuena.—Y eso qué es, tío Conejo?

Tío Conejo.—(Hace señas al Niño-Dios
para que calle) No, viejito, si era por
molestar. (Aparte) ¡Qué gran vaina!
(Se quita el resplandor que ciñe de cual-
quier modo en la cabeza del Niño-Dios).

Nochebuena.—(Arregla el resplandor al
Niño y le acaricia los cabellos). ¡Oh
Niño Jesús, inocente y bueno. ¡Cómo
pudo caber en esa cabecita la idea de
juntarse con tío Conejo, el más picaro
de todos los habitantes del planeta?

Niño-Dios.—Si él también es mi her-
mano... Me salió al paso, me preguntó
si podía acompañarme, se ofreció a
servirme de guía, me contó que era
muy rico, y luego trató de quitarme
el saco de juguetes... Como yo me
opuse, se apoderó de mi resplandor y
echó a correr gritando:—¡Ahora soy
el Niño-Dios!

Tío Conejo.—(Se va a un rincón con
la cara vuelta para la pared). Carachas
con el Niño-Dios más acusetas! Me
las va a pagar. (Mira al grupo con el
rabillo del ojo).

Niño-Dios.—(Se acerca a tío Conejo) Ven,
tío Conejo, ven, no te enojés. Si quie-
res mi resplandor, te lo doy. Eso no
tiene importancia, me lo han puesto
los hombres. (Coge de una mano a tío
Conejo y lo lleva adonde están los de-
más.—Tío Conejo finge un aire humil-
dísimo).

Nochebuena.—(Coge a tío Conejo por
una oreja). ¡Ven acá, gran zamarrito,
picarón, mala persona! ¡Quién lo ve
que no quiebra un plato! (Tío Conejo
deja su aire de víctima, levanta los ojos
hacia la Nochebuena y prorrumpo en
una carcajada; luego le arrebató la pan-
dereta y danza. Todos se ponen a dan-
zar en torno de la Nochebuena y a cantar).

La Nochebuena se viene
la Nochebuena se va...

(En la calle el corro responde).

Y nosotros nos iremos
y no volveremos más...

Cenicienta.—(Sale de detrás de una de
las camas luminosa y bella.) Habéis visto
en alguna parte mi zapatito de cristal?
Alguno de vosotros lo ha visto? (Pre-
gunta acongojada y llorosa).

Pulgarcito.—¡María Cenicienta! ¡Miren a la cenicientilla! Pero de dónde sales ahora?

Nochebuena.—(Atrae a Cenicienta y le hace cariño). Bienvenida, querida niña.

Caperucita.—¡Qué linda es Cenicienta! (Le toma una mano con ternura). Cenicienta, me conoces? Yo soy Caperucita...

Cenicienta.—¿Eres Caperucita? Tanto te he oído nombrar! Qué cosa más encantadora eres, Caperucita! (Lalevanta en los brazos; Caperucita ríe a carcajadas; pone a Caperucita en el suelo y vuelve a preguntar ansiosa): No habéis visto en alguna parte mi zapatito de cristal? Uno lo tengo guardado en mi cofre pero el otro lo perdí. Bailaba con el príncipe, cuando sonaron las doce de la noche... salí corriendo y dejé uno de mis zapatitos de cristal en la escalera... (Llora).

Tío Conejo.—Pues yo no lo he visto... Palabra que no lo he visto.

Pulgarcito.—Pues quién sabe, tío Conejo, cómo anda eso... No me la haces buena... Hay sospechas...

Tío Conejo.—Y esas cachas? ¿Acaso yo voy a bailes? ¿Que se perdió esto? Pues Tío Conejo. ¿Que se perdió lo otro? Pues Tío Conejo. Ya me cogieron de mona. (A Cenicienta). Está muy bueno que se te perdiera. Me habría gustado que fueran los dos. ¡Muy bonito! Una señorita a media noche sola en un baile... (Se dirige a todos) Y si no se convencen, vean. (Se saca los bolsillos). Ya ven, no tengo nada. ¿Por qué no le registran el saco al Niño?

Caperucita.—Qué bárbaro!

Tío Conejo.—¡Sí, qué bárbaro! Y que fué que cuando pegaron de mí no dijiste qué bárbaro?

Cenicienta.—(Llorando) Ya perdí la esperanza de encontrarlo.

Pulgarcito.—No afigirse, Cenicientilla, aquí están mis botas. La de cuál pie quieres?

Cenicienta.—(Acariciándole las mejillas) Gracias, Pulgarcito, no ves que son muy grandes para mi pie? Mira.

Tío Conejo.—¡Ay Jesús! ¡Qué paticas tiene la niña! Si caben en un hollejo de frijol.

Pulgarcito.—No le hagas caso, Cenicienta. Mis botas son encantadas, no sabes? Si te las pones, se ajustarán a tu pie que caben en un pétalo de rosa.

Cenicienta.—Pero para caminar siete leguas de un paso... ¿Podré con ellas realizar los milagros del amor? No sabes que el amor está formado de cosas pequeñas y delicadas? Con tus botas, les pasaría por encima sin verlas. Tal vez pasaría cerca de donde está el príncipe de mi corazón, sin darme cuenta. Para llegar adonde el está, necesito mis zapatitos de cristal.

Niño Dios.—Sí, dices bien, Cenicientilla. Tus botas, Pulgarcito, eran de un ogro y han servido para perseguir a los débiles y maltratarlos. Sólo conocen caminos oscuros y enlodados. Mientras que tus zapatitos no conocen más que el camino luminoso que te llevó a tu príncipe. Sigue buscando

tu zapatito formado con los pedacitos que se le arrancaron a una estrella. No importa que en buscarla emplees toda tu vida.

Nochebuena.—Sí, no importa. Ese zapatito de Cenicienta es como una estrella. Y reyes hubo que dejaron su país y su riquezas por seguir una estrella que los guiaba hacia el amor. Que el recuerdo de tu zapatito sea como aquel lucero para ti, Cenicienta.

Tío Conejo.—¡Ay! qué niña más melindres es la tal Cenicienta! Pues si ella no quiere tus botas, Pulgarcito, yo sí. (Trata de calzárselas; Pulgarcito se lo impide.)

Pulgarcito.—Sí, no era más...

Caperucita.—Si estuviera aquí Aladino. El sabría encontrar con su lámpara maravillosa, tu zapatito, Cenicienta.

Tío Conejo.—Van a seguir con el tal zapatito... ya me tienen aburrido... (Sin que lo vean, se calza las botas de siete leguas y se escapa; así que ha salido, Pulgarcito lo echa de ver y corre tras él; Pulgarcito vuelve a entrar desconsolado).

Pulgarcito.—(Compungido). Se llevó mis botas ese tío Conejo!

Nochebuena.—Oh tío Conejo! es listo... ¿Y quién lo coge ahora? (Consuela a Pulgarcito. Llaman a la puerta).

Una voz desde afuera. Upe, upe.

(Caperucita corre a abrir. Entra la Cucarachita Mandinga llena de lazos y encajes y dándose una mano de polvos en el rostro).

Cucarachita.—Buenos se los de Dios. ¿Y cómo les va yendo?

Nochebuena.—Dichosos ojos, Cucarachita Mandinga (Todos la saludan y la agasajan).

Niño Dios.—Érase una vez una cucarachita mandinga que barriendo la puerta de su casita se encontró un cinco...

Caperucita.—Y Ratón Pérez?

Pulgarcito.—¿No sabes que quedó viuda? Lo dejó cuidando una olla de arroz de leche y por goloso se cayó entre la olla hirviendo, y... (La Cucarachita llora).

Nochebuena.—Niños, niños, que ocurren, para qué recordar su dolor?

Pulgarcito.—No llores, Cucarachita Mandiga, que yo por ser Pulgarcito, me cortaré un dedito.

Caperucita.—No llores, que es Nochebuena. Cantemos (La Cucarachita trata de borrar con la mota de los polvos, las huellas del llanto.)

Caperucita.—(Canta).

La Nochebuena se viene...

(Todos cantan y danzan en ronda).

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va.

(Entra tío Conejo a horcadas en los hombros de Aladino que viene vestido con traje de chino. Tío Conejo trae calzadas las botas de siete leguas).

Tío Conejo.—¡Viva yo! Aquí está Aladino con su lámpara maravillosa (Se deja caer de los hombros de Aladino. A la interrogación muda que hay en

el gesto de todos responde): Sí, como los ví con tantas aquellas porque a Cenicienta se le había perdido un zapato, que el zapato de vidrio por aquí, que el zapato de vidrio por allá, y como Cenicienta no hace más que hacer cucharas por el tal zapato... Y como eso no debe ser en una noche como ésta, me encajé las botas de Pulgarcito y me las chiflé para la gran China a traer este palomo y su lámpara maravillosa.

Aladino.—Sí, a vuestras órdenes, señoras mías.

Caperucita.—¡Qué dicha! (Salta de alegría). Es que a Cenicienta se le perdió uno de sus zapatitos de cristal y...

Tío Conejo.—Callate, chacalincilla, no te metás en la conversación de los mayores (La aparta); que hable la dueña del zapato... Es un cuento de un baile, de un príncipe, de una carrera por una escalera... yo no entiendo.

Nochebuena.—Ven, Aladino, para explicarte (Lo lleva aparte y hablan en voz baja).

Tío Conejo.—¡Quién dispone! ¡Zapatos de vidrio! Eso sólo para andar en alfombras y no para echar carreras (Contempla y toca los pies de Cenicienta). ¡Miren allá que mirrusquitas!

Aladino.—(A Cenicienta). Mi lámpara hace maravillas, es cierto: construye palacios en una noche, hace poderoso a su dueño, pero no podrá traer tu zapatito de cristal, Cenicienta. Eso te lo traerá a su hora el amor. Espera, Cenicientilla, espera...

Cucarachita.—¡Achará el zapatito! ¿Si lo encuentras, me prestas los dos para ir a un baile?

Caperucita.—(Canta).

Zapatito, zapatito,
zapatito de cristal!
Dónde estás, qué Cenicienta,
ya sé cansa de buscar?

(Todos, menos tío Conejo y el Niño, hacen una ronda y cantan la misma estrofa en torno de Cenicienta.— El Niño desamarra su saco y saca unos juguetes.— Tío Conejo se ha apoderado de la cesta de Caperucita, destapa el tarro de mantequilla, unta el pan y lo mordisquea. Luego va a donde el Niño, le unta la nariz de mantequilla y sigue mordisqueando el bollo.— Pulgarcito sorprende a tío Conejo).

Pulgarcito.—Mira, Caperucita, a tío Conejo.

Caperucita.—(Corre a rescatar sus haberes), Mire, señora Nochebuena, a tío Conejo; se está comiendo el pan que le llevo a mi abuela.

Nochebuena.—(Acude presurosa y tira de las orejas a tío Conejo). Ven, malportado, arrodíllate aquí y no te muevas!

Tío Conejo.—Ajá, sólo a mí y al Niño nada...

Niño-Dios.—Y a mí por qué?

Tío Conejo.—Sí, sí... Y a mí por qué? Vayan y le verán la nariz como la tiene. (Aparte): Me lo tiré...

(Todos se acercan al Niño a verle la nariz).

Cucarachita.—(Asombrada) ¡Hijo de Dios! Si la metió toda en el tarro..

Nochebuena.—Ajá, zamarrito, a arrodillarte, a arrodillarte tú también... Golosos!

Niño - Dios.—(Se arrodilla con aire de víctima) No ven que fué que tío Conejo me untó la nariz de mantequilla a la traición?

Caperucita.—Niño Jesús, me quieres dar permiso de ver los juguetes que traes en tu saco?

Niño - Dios.—(Sollozando) Sí, Caperucita...sí...pero dile a la Nochebuena que fué que tío Conejo me untó a la traición...

Caperucita.—(A la Nochebuena). Oiga, señora Nochebuena, si fué que ese tío Conejo le untó la nariz al Niño para que pegaran de él...

Nochebuena.— Está bien, que se levante el Niño (El Niño se levanta).

Tío Conejo.—Se me olvidaba contarles, que por allí no más me encontré con Blanca Nieves y los enanillos. Voy a ver qué se hicieron... (Corre hacia la puerta y de paso coge la lámpara de Aladino. Éste lo sorprende y y trata de quitársela).

Aladino.—Ah, ¡gran ladrón!

(Tío Conejo sale perseguido por Aladino).

Nochebuena.—El Señor me dé paciencia con este tío Conejo! (Todos comentan escandalizados la conducta de tío Conejo)

Uno de los niños.—(En sueños) ¡Caperucita! ¡Caperucita!

Caperucita.—(Acude y se inclina sobre los niños dormidos). Señora Nochebuena, oíd lo que quiere la niña: un bebé con pelo de deudas y que cierre los ojos. Venid, señora Nochebuena, arrulladlos, están inquietos.

Nochebuena.—(Se coloca a la cabecera de la cama de la niña y canta:

Arrurrá, mis muchachitos,
aquí está la Nochebuena,
con sus tambores y pitos
y en el alma ni una pena.

(Todos rodean la cama de los niños).

(Llaman a la puerta. Abre pulgarcito y aparece tío Conejo dando la mano a Blanca Nieve y a los duendes).

Tío Conejo.—(Entra). Uf, ¡qué cansado que vengo! Si no llego a tiempo, a esta muchacha se la lleva Barba Azul.

(Todos rodean y dan la bienvenida a los recién llegados).

Blanca Nieve.—¡Qué contentos estáis! ¡Buenas noches!

Tío Conejo.—Buenas patas tiene tu caballo, Blanca Nieves. Buenas patas tienen los caballos de Uds., duendecillos.

Cucarachita.—Qué lindo tu traje, Blanca Nieves. ¿En dónde lo compraste? Yo quisiera tener uno igual...

Blanca Nieve.—Mañana te lo mando, Cucarachita coqueta. Es un regalo de mi príncipe, pero para mí es una dicha el ofrecértelo.

Cenicienta.—(Ansiosa) ¿Cuál Príncipe?

Blanca Nieve.—Pues mi esposo.

Cenicienta.—(Más ansiosa) ¿Cómo es tu Príncipe?

Blanca Nieve.—Su cabello es rojo y ensortijado; sus ojos tienen el color

La Pluma

Revista mensual
de Ciencia, Artes y Letras

Director: ALBERTO ZUM FELDE

Editores: ORSINI BERTANI & Cía. Montevideo

Precio del ejemplar: 0.40 oro

Redacción, Administración:

ROQUE GRARSAES 662.

de las avellanas. Es alto, esbelto, gentil. Cenicienta.—Entonces no es el mío. Mi príncipe es alto y esbelto como el tuyo, pero su cabello es onda de oro y en su pupila se refleja una flor azul.

Tío Conejo.—(Tira de la barba a uno de los duendes). Tan chiquitillo y con barba!

(El duende chilla y quiere vengarse).

Niño Dios.—Paz, haya paz.

Gnomo.—Fué que me jaló muy duro. Blanca Nieve.—No molestes a mis duendecitos, Tío Conejo. Los quiero tanto! No sabes lo buenos que fueron para mí cuando mi madrastra me mandó perder en el bosque.

(Los duendes curiosean por la habitación.)

Un Gnomo.—Mirad lo que está aquí. Pulgarcito.—(Corre al rincón en donde está el duende.) ¡Es una nanita!

Niño Dios.—Es una hada viejecita. (La toma de una mano y la conduce frente a la Nochebuena.)

Nochebuena.—Salud, señora hada!

Hada.—Salud, Nochebuena!

Caperucita.—Es Ud. el hada que hizo cien años a una princesa?

Uno de los niños.—(Sueña.) La bella durmiente del bosque...

Hada.—No, soy el hada que condenó a la muchacha malhumorada y grosera a echar por la boca zapos y culebras

cada vez que hablara y a la muchacha dulce y bondadosa, le concedí el don de que brotaran de su boca, a cada una de sus palabras amables, rosas y brillantes y perlas.

Niño - Dios.—Pobrecita la una y dichosa la otra. Si yo le ayudara a ser como su hermana, dulce y bondadosa, la perdonaría, señora hada?

Hada.—Sí, por qué no?

Caperucita.—¿Y echará también rosas, perlas y brillantes por la boca?

Hada.—Sí, sí.

(Caperucita salta de alegría).

Niño Dios.—Ayudadme todos a colocar los regalos a los niños. (Todos acuden). Pues este bebé lo vas a poner, Caperucita, en la cama de la niña. Y esto (Una dulzaina) colócalo, tío Conejo, en la del niño. (La toma tío Conejo, hace que la va a llevar al lugar indicado, pero la esconde en el pecho). Y tú, Pulgarcito, lleva al niño la linterna mágica que tanto desea. (Sigue dando juguetes para que se los pongan en las camas. Cierra el saco). Voy en busca de otros niños que duermen a llevarles los juguetes. ¿Vendréis conmigo?

(Todos se disponen a seguir al Niño.

Se oye el ruido de una puerta que se cierra allí cerca. Se muestran inquietos).

Nochebuena.—(En voz baja). Ha sido el viento...

Un duendo.—(Con el oído atento). Alguien viene...

(La luz se va extinguiendo. La habitación queda a oscuras. Todos desaparecen. Pasan por la calle gentes alegres. Llega otra vez la música de la guitarra que acompaña la voz que canta):

La Nochebuena se viene,

la Nochebuena se va ..

Y nosotros nos iremos

y no volveremos más.

Carmen Lyra

Costa Rica, 1960

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Imp. Aisina (Sauter, Arias & C.) San José, Costa Rica